

2ª semana de Pascua. Lunes: Jn 3, 1-8

Esta semana de Pascua, que terminábamos ayer, además de celebrar la alegría por la Resurrección de Jesús, también nos invitaba a alegrar por los bautizados en la noche pascual. En la antigüedad tal día, como ayer domingo, los recién bautizados se quitaban los vestidos blancos, signos de su bautismo. Hoy Jesús nos habla del bautismo, como comienzo de una vida nueva, al hablar con Nicodemo.

Nicodemo era un buen fariseo. Por eso se preocupaba del cumplimiento exacto de la Ley. También deseaba y esperaba el Reino de Dios; pero como los fariseos pensaba que el Reino de Dios sería efectivo cuando todos cumplieran la Ley. Había oído hablar de Jesús, cuya finalidad religiosa del Reino de Dios no estaba de acuerdo con la de los fariseos. Quizá hasta le había oído hablar, pero un poco de lejos. También sabía que hacía milagros en el nombre de Dios. Por lo tanto pensaba Nicodemo que Dios tenía que estar con Jesús. Deseaba estar con él y aprovechó para hacerlo una noche, quizá para que no le vieran sus compañeros.

Las primeras palabras que le dice Nicodemo a Jesús manifiestan el interés de escucharle, porque está persuadido que Dios le asiste al realizar los milagros. Jesús le quiere enseñar que la verdadera religión es diferente porque consiste en vivir una nueva vida que viene de "arriba" y sobre todo en dejarse guiar por Dios.

Esta nueva vida, que muestra Jesús, no procede de lo carnal, como si fuese un progreso o desarrollo de lo material. Es **nueva**, porque viene directamente de Dios. Por eso se necesita un comienzo, que es como un nacimiento. Jesús no habla directamente del bautismo, porque no se había instituido; pero el evangelista parece ir aprovechando las palabras de Jesús para que le sirvan de catequesis para el bautismo.

Jesús habla de renacer por el agua y por el Espíritu. Se trata de un rito concreto, pero sobre todo de una vida que nos da el Espíritu de Dios. Y una vida no es sólo para un momento, el del renacer, sino que debe tener un desarrollo normal en el que nosotros tenemos una parte, aunque la principal sea por el mismo Espíritu.

Esta vida no consiste sólo en creencias ni en prácticas concretas, sino en una adhesión a Dios, en vivir con una mentalidad de "arriba", la de Dios.

Nicodemo, que quizá expresaba también el sentir de algún otro compañero, ya que comenzó con el "sabemos", tomó las palabras de Jesús como estaba acostumbrado a tomar las palabras de la Escritura: "al pie de la letra". Por eso le parece imposible eso de "tener que nacer de nuevo". Pero Jesús le hablaba de un nacer por el Espíritu a una vida de verdad, que es una vida superior y de mayor valor.

Claro que para aceptarlo hace falta fe. Quizá no lo comprendamos, aunque Dios va dando inteligencia para comprender, como les dio Jesús a los apóstoles en la tarde de la Resurrección.

Esta nueva vida en el ser humano es tal que le crea una nueva personalidad, pero no le quita la libertad. Por eso en muchas personas después del bautismo esa nueva vida no progresa porque se dedican sólo o casi sólo a la vida material. Es necesario dejar que el Espíritu siga guiando nuestra vida, que El desea nuestra felicidad más que nosotros mismos.

Dejarse guiar por el Espíritu no es fácil, porque muchas veces no conocemos, por lo menos del todo, los caminos de Dios. El Espíritu, dice Jesús, es como el viento, que no sabemos de dónde viene y a dónde va. Algo conocemos pero no del todo.

Los santos sabían vivir esta nueva vida, poniéndose siempre en las manos de Dios, que sabe y que nos quiere. Es esencial la oración: ponernos a la escucha de Dios para conocer su voluntad. Dios se ha acercado a nosotros en la persona de Jesús. Conocer su doctrina y sentimientos y vivir lo mejor posible su vida es vivir la nueva vida que Dios nos concedió por el bautismo.

2ª semana de Pascua. Martes: Jn 3, 5ª. 7b-15

Nicodemo era un buen hombre que buscaba la salvación. Había oído hablar de Jesús, o quizá le había oído hablar a El, por lo cual su admiración era grande; pero las ideas no encajaban con sus ideas y su vida, como eran las de los fieles fariseos. Ellos buscaban el reino de Dios; pero creían que vendría por el cumplimiento exacto de las leyes dadas por Moisés y que estaban en las Sagradas Escrituras. Por eso Nicodemo en una noche, para no ser visto, quiere dialogar con Jesús.

Jesús le habla de que la salvación no consiste sólo en el cumplimiento de unas leyes externas, sino sobre todo de otra vida en el Espíritu. Nicodemo, amarrado por sus conceptos de vida religiosa externa, no entiende lo de "otra vida", porque piensa que habría que volver a nacer otra vez. De hecho la vida en el Espíritu es como volver a nacer otra vez. San Juan en el evangelio, preocupado por hacer catequesis, al mismo tiempo que narra la vida y mensajes de Jesús, propone el bautismo como inicio de esa misma vida nueva. Pero la acción del Espíritu no es sólo en el bautismo, sino que impregna toda la vida. Esta es la conversión, que no sólo es para un momento, sino que continuamente debe estar realizándose en esa unión entre la iniciativa divina, que no puede faltar, y la decisión auténtica del ser humano.

Los fariseos, atendiendo, como estaban, sólo al cumplimiento externo de los preceptos, no tenían capacidad para escuchar al Espíritu y a las exigencias de la libertad que Jesús proponía. Les pasaba como los que no saben por dónde sopla el viento. Hay que estar, por lo tanto, muy atentos al soplo del Espíritu. Dios no violenta, pero sí nos inspira y aconseja. Por esto nuestro espíritu y corazón debe estar libre de muchas ataduras externas. Ya san Juan Bautista había predicado la urgencia de liberarse de varias

conductas, especialmente las que llevan a la injusticia. Jesús quiere que Nicodemo pueda dar el salto a una nueva manera de sentir la relación con Dios.

Esta relación con Dios viene a través de Jesús. El se muestra como el testimonio fiel de las cosas celestes. Por ello es necesario comprender el misterio de la cruz. Aquí con palabras muy resumidas, parte dichas por Jesús en ese momento, parte como resumen teológico de san Juan, nos enseña, como decía Juan Pablo II, que “la Cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre”. Lo que Nicodemo había aprendido sobre la serpiente de bronce, como signo de salvación temporal, lo iba a ser de una manera completa y definitiva la mirada a la cruz de Cristo, de donde nos viene la total salvación.

Mirar la cruz no debe ser sólo un acto externo, como estaban acostumbrados los fariseos a realizar los actos religiosos. Se trata de “mirar con fe”. Se trata de decidirse a aceptarle como el que nos salva y entregarse de corazón. Mirar de verdad es seguir su camino. Para ello lo primero será el estar persuadidos de que necesitamos salvación de nuestros pecados. De nada nos sirve que creamos en Cristo, si seguimos esclavos de la maldad. Dios quiere que seamos portadores de su amor, de su gracia, de su vida.

A veces todas estas palabras nos suenan un poco como de teoría. El hecho es que, en concreto, no podemos unirnos con Cristo, si no nos unimos con la Iglesia. La Iglesia es el signo concreto que Dios ha elevado en el mundo para que por ella todos puedan unirse a Cristo, y desde ella puedan encontrar en El el perdón de los pecados y la vida eterna. Por eso la Iglesia no puede desenvolverse por criterios mundanos. La vida de la Iglesia no es (no debe ser) una burocracia sino un servicio de amor fraterno.

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve. Este cambio profundo es lo que Jesús llama “nacer de nuevo”. Es alcanzar la condición de hijos de Dios, que no lo podemos hacer por nosotros mismos. Por eso para mirar a Jesús en la cruz con fe, pidamos la ayuda o el soplo al Espíritu Santo, que está vivo con nosotros desde que nacimos en el bautismo a la nueva vida.

2ª semana de Pascua. Miércoles: Jn 3, 16-21

Jesús había estado hablando con Nicodemo, que había ido a visitarle por la noche. Jesús le había hablado de la nueva vida que debemos tener en el espíritu, guiados por las enseñanzas de quien había mandado Dios a salvarnos. Y en ese momento el autor del evangelio, entusiasmado y siguiendo las enseñanzas de Jesús e inspirado por el Espíritu Santo, hace unas reflexiones, que son como una catequesis sublime. Y comienza con una de las frases más extraordinarias de todo el evangelio: Dios nos ha amado tanto, que nos ha dado a su propio Hijo, para que creyendo en El podamos tener la vida eterna. Podemos decir que la primera gran verdad de nuestra fe es que Dios nos ama. Dios no es un ser lejano, como aparecía en otras religiones. Dios es nuestro Padre, Dios es amor. El papa Benedicto XVI, siendo tan intelectual, para comenzar a enseñarnos algo grande de nuestra religión, excogió explicar la gran

verdad de que Dios es amor. De Dios podemos decir muchas cosas: que es infinito, que lo puede todo, que lo sabe todo, que está en todas las partes; pero lo más importante es que es amor. Y como todo lo que tiene, lo tiene por propia naturaleza, podemos decir que necesariamente es amor, su ser principal es amar.

Dios manifestó de una manera palpable su amor enviando a su propio Hijo, que es Dios igual al Padre. Y lo envió para salvarnos, para darnos la verdadera vida, ya que nosotros la vamos perdiendo con el mal uso de la libertad. El hecho de que tengamos libertad es un gran bien, que nos está dando Dios. Pero nosotros somos tan insensatos que la usamos tan mal hasta apartarnos de Dios. Así pues, quien la use bien, es decir quien siga a Jesús haciendo el bien, podrá salvarse. Seguir a Jesús es lo que se quiere decir con "creer" en él. Ciertamente que hay muchas personas que no han oído hablar de Jesús, ni conocen sus enseñanzas; pero si llevan una recta vida, en su corazón siguen a Jesús. Esto es verdad, aunque ciertamente les será más difícil que si conocieran de verdad el camino de Jesús. Por eso nuestro empeño debe ser hacer que muchos conozcan más y mejor este camino de Jesús, para que puedan seguirle.

El evangelista sigue reflexionando sobre un contraste, del que habla en otros lugares del evangelio, el de la luz y las tinieblas. Quizá el contraste se presentaba ahora más por el hecho de ir Nicodemo a ver a Jesús de noche. En realidad quien hace el bien, lo debe hacer libremente, a la luz, porque no tiene por qué avergonzarse.

Cristo es la luz. Él ha venido para iluminar nuestra existencia, para enseñarnos el camino. Él es el camino. Pero hay muchas personas que, usando mal su libertad, prefieren quedarse en las tinieblas. Dios no ha venido a condenarnos, sino a salvarnos. Quien se aparta del camino de Dios, se condena a sí mismo. Y está en las tinieblas el que no ama al prójimo. Si Dios nos ama es porque nosotros debemos corresponderle con amor. Este amor a Dios se manifiesta externamente con el amor al prójimo.

Hoy sigue habiendo muchas oscuridades sobre la religión y sobre la vida. El papa y en general los guías en la Iglesia nos han hablado mucho de tendencias oscuras, como es el relativismo. Hay muchas personas a quienes lo mismo les da una religión u otra. Hay quienes tienen por religión un amasijo de ideas, sacadas de diferentes ideologías, como la "nueva era". Por eso llegan a decir que todo es relativo, según se mire y según le parezca a cada uno. En definitiva buscan la satisfacción personal, el egoísmo craso.

Hoy en este día reconozcamos que Dios nos ama. Lleguemos a sentirlo en nuestro corazón. Sea la fuente de una nueva relación más íntima con Dios, que es nuestro padre y madre, una nueva relación con Jesucristo, que es Dios hecho hombre para salvarnos, viviendo pobre, muriendo en la cruz y resucitando, y

una nueva relación con el Espíritu Santo, que es Dios permanente en nuestro espíritu para iluminarnos en medio de este mundo lleno de tantas oscuridades. Que la Virgen María, Madre de la Luz, nos ayude a seguir inmersos en la luz plena.

2ª semana de Pascua. Jueves: Jn 3, 31-36

A veces el evangelista san Juan, como vimos ayer y como hoy leemos, hace unas reflexiones, que son como el resumen de lo que Jesús o algún otro personaje ha dicho. No es que esté inventando fórmulas o mensajes, sino que son reflexiones de la primitiva comunidad a la luz de la resurrección de Jesús, inspiradas sobre mensajes que el mismo Jesús enseñó quizá de forma más primitiva o sencilla.

Hoy nos dice que hay dos maneras muy diversas de ver las cosas de Dios, y en general todo lo que se refiere a la religión, que son verlo desde “abajo” o desde “arriba”. Es decir, que ponerse a pensar en lo que es Dios y la religión con mentalidad mundana o terrena es muy diferente a verlo con mentalidad celeste. Nosotros nunca llegaremos, mientras estamos en este mundo, a ver los mensajes de Dios con mirada totalmente celeste. Ni siquiera fue posible para los enviados por Dios en el Ant. Testamento, como Moisés o Juan Bautista, porque no podían tener una visión inmediata de Dios. Sólo Jesús, por ser Hijo, puede conocer plenamente al Padre. Sólo Jesús puede dar pleno testimonio de la experiencia de Dios. Él da testimonio de lo que “ha visto y oído”.

Sin embargo la mayoría de su pueblo rechaza a Jesús. Los judíos habían dado todo el valor a los enviados por Dios en el A.T., en particular a Moisés, y ahora ese valor se convierte en obstáculo para poder aceptar al Mesías, como Hijo de Dios. Hoy también el ambiente mundano no acepta el testimonio que viene de Jesús. Hoy nos dice el evangelio que el que acepta su testimonio certifica la veracidad de Dios. Dios no es una realidad que se impone por la fuerza. Tiene necesidad de nosotros para probar su existencia y su amor. Tiene necesidad de nuestras palabras, pero mucho más de nuestra vida. Por eso es momento de pensar en nuestra fe y de pedirle a Dios que crezca más y más. La fe crece con el conocimiento de Cristo; pero sobre todo si nuestra vida va uniéndose a la suya. De una persona así sí que se puede decir que “el que cree tiene ya la vida eterna”.

En las palabras del evangelio de hoy tenemos como un resumen de lo principal del evangelio con dos temas principales:

- 1- Jesús ha venido del cielo. Es el enviado de Dios, que nos trae sus palabras, que son la verdadera sabiduría y las que dan sentido a la vida. Son la mejor prueba del amor que Dios tiene a su Hijo y nos tiene a nosotros.
- 2- El que acoge a Jesús y su palabra es el que acierta: tendrá la vida eterna que Dios le está ofreciendo a través de su Hijo. El que no le quiera aceptar, él mismo se excluye de la vida.

Es muy difícil juzgar y decir quién cree y quien no cree, sobre todo si no cree voluntariamente o conscientemente; pero el evangelio de hoy nos dice que “el que rehúsa creer no verá la vida”. Seguramente nosotros hemos aceptado a Jesús como el enviado plenamente por Dios y queremos seguirle asimilando en nuestra vida los mensajes del evangelio. Nos alegramos por ello; pero debemos seguir en el compromiso. Por eso debemos seguir uniéndonos más con Jesús. Ocasiones tenemos de crecer en esta fe, sobre todo cuando estamos ante Jesús en la Eucaristía.

Más que todas las cosas terrenas nos debe interesar conseguir la “vida eterna”. Jesús decía una vez, en un momento de oración, que “la vida eterna es que te conozcan a Ti, Padre, y a tu enviado”. Por eso nos interesa conocer bien a Jesús, porque Jesús es el camino hacia el Padre, es la auténtica imagen del Dios vivo y vivificador. Y desgraciadamente hay muchas ideas que desvirtúan la realidad de Jesús. Como también hay muchas ideas arbitrarias sobre Dios, ideas muchas veces de autoritarismo y de relativismo. Pidamos que sepamos aceptar el testimonio de Jesús con sus palabras y con su vida. El da la experiencia íntima y personal de Dios a quien se entrega humildemente en sus manos y en su corazón.

2ª semana de Pascua. Viernes: Jn 6,1-15

Más de una vez nos encontramos en el año, y en el evangelio, con este milagro de la multiplicación de panes y peces. Impactó tanto a la primitiva comunidad que lo narran los cuatro evangelistas. San Juan, que narra pocos milagros en comparación con los otros evangelistas, los llama “signos”, porque le da pie para darnos grandes enseñanzas de Jesús.

Este milagro de la multiplicación de panes y peces tiene mucha relación con el anuncio de la Eucaristía, que hará Jesús al día siguiente. Además en el mismo milagro realiza gestos que nos recuerdan la Institución de la Eucaristía. San Juan también como que quiere unir los dos hechos por el dato: “Estaba cerca la Pascua”.

Jesús, según lo anterior en el evangelio, había tenido discusiones con los “judíos”, como llama san Juan al grupo de fariseos y maestros de la ley que importunaban a Jesús. Decide Jesús dejar aquel ambiente un poco hostil y marchar a Galilea a predicar a la gente sencilla de aquellas aldeas. Muchos le siguen por lugares deshabitados, hasta llegar un momento en el que Jesús siente compasión por aquella gente que todo el día le ha seguido y muchos no tienen nada para comer.

Jesús se compadece de ellos. No quiere despedirles sin darles algo para comer. Así que pide la colaboración de los apóstoles. Pero éstos no tienen más que los cinco panes y dos peces que un muchacho les presenta.

Es de notar la condescendencia de este muchacho que da lo que tiene para que se distribuya, aunque veían que a pocos podría llegar. Así también nosotros poco podremos hacer con nuestras posibilidades, especialmente para el apostolado. Pero unidos a Cristo "somos mayoría" o podemos lo increíble. Jesús podría hacer maravillas, pero quiere nuestra colaboración.

Jesús hace una bendición sobre aquellos panes y peces. El evangelio dice: "dando gracias". Tiene el sabor a Eucaristía, que significa "dar gracias" por el gesto característico que hizo Jesús en la Última Cena.

Allí había un hambre de alimento sencillo como era el pan; pero Jesús realiza el milagro porque antes ha habido un hambre de la palabra de Dios. En nuestro mundo hay muchas clases de hambre, físicas, psicológicas y espirituales. Los que tenemos fe estamos llamados para aliviar estas hambres en el mundo. Pongamos nuestro granito de fe, esperanza y mucho amor, y Dios les sanará y dará en abundancia.

Después de haberse saciado, muchos se entusiasman y quieren proclamar a Jesús por rey. Ellos piensan que, si entonces les ha dado de comer, lo podrá hacer en otras ocasiones. Pero Jesús no había venido para triunfar en el sentido material. Esto era como una eterna tentación para Jesús: el pretender salvarnos con la grandeza humana y los triunfos pasajeros. Jesús huye y se adentra en aquel bosque él solo.

Es bueno pensar un poco en la 1ª lectura. Hay una proposición interesante de Gamaliel. Era éste un famoso fariseo, profesor que fue de san Pablo en sus tiempos jóvenes. Habían sido detenidos varios apóstoles, entre ellos san Pedro, porque predicaban a Jesús resucitado. Habían sido conducidos al Sanedrín para ser juzgados. Entonces se levanta Gamaliel, sabedor, como hombre prudente, de que no habían hecho nada digno de castigo, y dice a los "judíos" que les dejen libres, porque, si lo que hacen es cosa de hombres, todo terminará como han terminado otros movimientos; pero si la cosa es de Dios, seguirán y ellos estarán yendo contra Dios.

Esta es una buena lección para nosotros, porque a veces tenemos poca paciencia respecto a diversos movimientos que nacen, suponiendo que no hagan mal a nadie. Ha habido movimientos, que parecían muy brillantes, que han caído por su propio peso al estar vacíos del Espíritu Santo. Y han existido movimientos, humildes al parecer, pero que, al estar llenos del Espíritu, han dado mucha gloria a Dios.